

# Ficción y realidad

El conocido cineasta Manuel Gutiérrez Aragón y el 'afterpop' Juan Francisco Ferré son los ganadores de la última edición del premio Herralde

Dos viajeros coinciden en un tren extraño que no se detiene nunca. Estamos en el año 2024 y el misterioso tren es una especie de resumen del mundo, quizá una metáfora de la muerte. En él hay pasajeros de todas las nacionalidades y todos los países son, al mismo tiempo, el destino del extraño ferrocarril. Dentro del tren hay una infinidad de restaurantes y la tripulación que atiende a los viajeros parece inacabable e inquietantemente clónica.

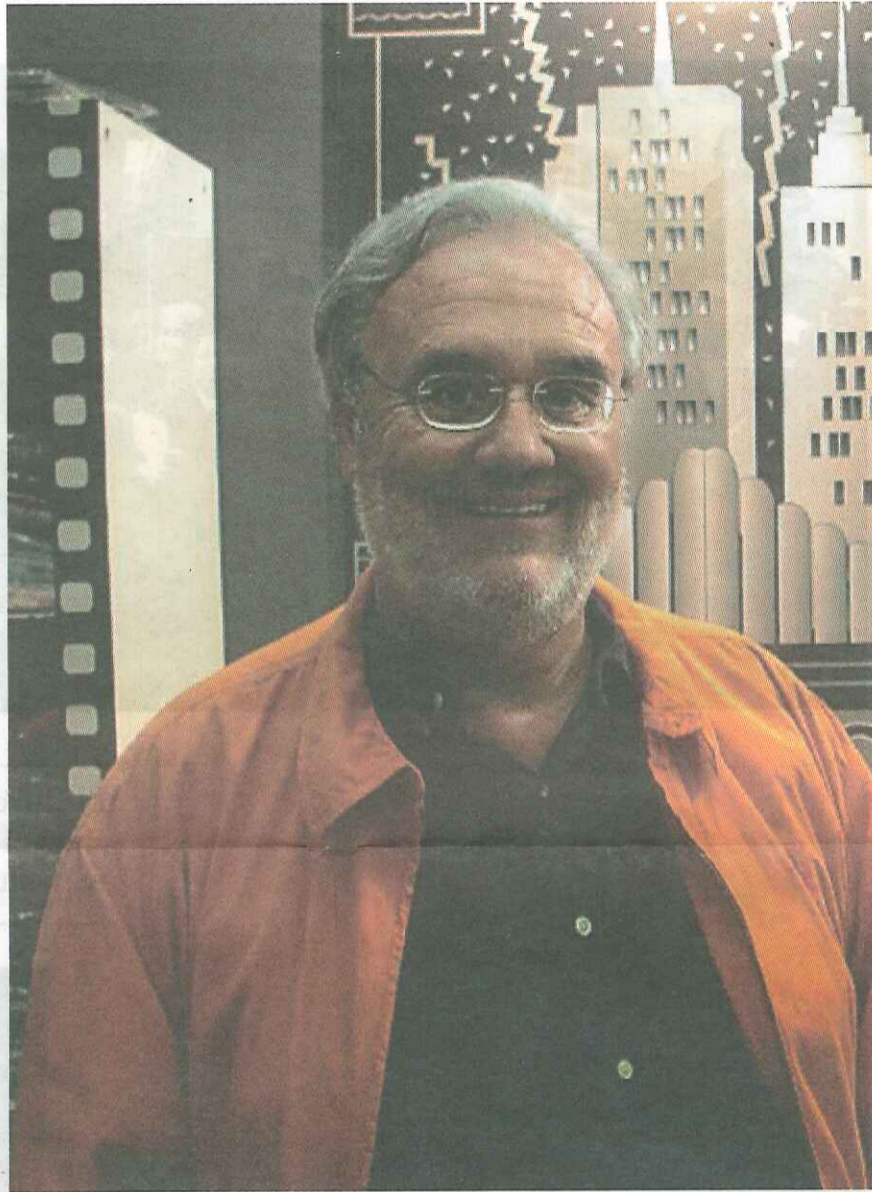
Un director de cine, español y relativamente fracasado, vende su alma en la ciudad de Marrakech. Poco después, su primer largometraje conquista la masiva indiferencia del festival de Cannes. A cambio, nuestro hombre recibe una oferta irrechazable que le llevará a la ciudad de Providence, sede mundial del horror entendido a la manera de H.P. Lovecraft, donde conocerá el lado más oscuro del sueño americano.

Sobre estos dos presupuestos fantásticos se levantan las novelas distinguidas con los premios Herralde de este año. La novela ganadora se titula *La vida antes de marzo* y es obra de Manuel Gutiérrez Aragón, el conocido director de cine, autor de películas como *Demonios en el jardín*, *La mitad del cine* o *Todos estamos invitados*. La novela finalista es *Providence* y su autor es Juan Francisco Ferré, un conocido 'blogger' que ya había publicado una colección de relatos, *Metamorfosis*, y varias novelas, entre ellas *La fiesta del asno*, que llamó la atención de la crítica por su tensión narrativa y su temperamento incendiario.

## Fábula post 11-M

En *La vida antes de marzo* Manuel Gutiérrez Aragón compone una curiosa fábula post 11-M. Sus protagonistas se encuentran en un tren, el 'Bagdad-Lisboa', que oscila entre el simbolismo y la ciencia ficción y, senta-

El cineasta y productor Manuel Gutiérrez Aragón



En su libro, Gutiérrez Aragón, establece la atmósfera de una novela que tiene algo de onírico y de juego fantástico

dos en el vagón restaurante y compartiendo botellas y botellas de vino, comienzan a intercambiar historias. En realidad se cuentan sus vidas, que es lo que toca hacer con los desconocidos con los que uno comparte viaje.

Los viajeros se llaman Ángel y Martín. Martín se enamoró de una joven árabe en un pueblito de su Asturias natal. Curiosamente, ese pueblito asturiano quedaba cerca de Mina Conchita, una de las minas de las que salieron los explosivos que se utilizaron en los atentados de Atocha. Ángel, por su parte, se mezcló en su día con un grupo extremista y conoció a un personaje oscuro apodado 'El Tunecino', que como recordarán fue el fanático islamista al que se le considera uno de los cerebros del 11-M.

El escenario en el que coinciden los protagonistas es uno de los atractivos del libro. Se trata de un tren que recorre Europa sin detenerse, un ferrocarril metafórico que va tan rápido que hace imposible ver gran co-

sa a través de las ventanillas. A través de ese medio de transporte extraño y quimérico, Gutiérrez Aragón establece la atmósfera de una novela que tiene algo de onírico y de juego fantástico: "El tren nunca se detiene para recoger o descargar usuarios. Sería una pérdida de tiempo. Un satélite, que se coloca a su costado, en una vía adyacente, aumenta la velocidad hasta alcanzar la del 'Bagdad-Lisboa'. Los pasajeros se trasvasan al enorme convoy y viceversa. El tren satélite se despegó del principal una vez cumplida su misión vicaria".

En su debut como novelista —oficio por el que el director cántabro abandonó el cine hace un año—, Gutiérrez Aragón pone en práctica algunas premisas narrativas que muchos de los novelistas contemporáneos parecen olvidar. Por ejemplo, esa que señala que es importante seducir al lector desde el comienzo, ya que éste no suele conceder más que unas cuantas páginas de cortesía antes de abandonar un libro y dedicar su tiempo

a otras cosas. También aquella que recomienda que todo lo que se diga tenga algún interés objetivo, más allá del interés que puedan causarle al autor sus propias maquinaciones internas.

Esa atención a las reglas básicas de la narrativa hace que *La vida antes de marzo* atrape al lector desde el comienzo. Resulta interesante averiguar qué es lo que pasa exactamente con ese tren fantasma que recorre Europa y también qué es lo que ha llevado a los protagonistas a compartir botellas de vino y confesiones en el vagón restaurante.

En ese aspecto hay que celebrar que Gutiérrez Aragón apuesta por una literatura de trazo limpio y temas atractivos. Qui-

zá no funcione tan bien su intento por componer una ficción que envuelva el tema del fanatismo y, concretamente, los atentados de Madrid de 2004. Esos hechos son de por sí tan dramáticos y poderosos que admiten mal las fabulaciones y los experimentos literarios.

De hecho, desde los atentados contra las Torres Gemelas la literatura de nuestro tiempo intenta ofrecer una versión del peligro islamista que amenaza Occidente. Incluso en las novelas más conseguidas de este reciente subgénero, como por ejemplo *El hombre del salto* de Don de Lillo, se advierte cierta distancia entre las intenciones del autor y los resultados. Es como si la realidad llevada a

sus extremos más dramáticos no tolerase la más mínima dosis de complaciente ficción.

Algo de eso ocurre en *La vida antes de marzo*. Habrá lectores que no puedan reprimir cierto desagrado al ver a los personajes de Manuel Gutiérrez Aragón involucrados, con cierta despreocupación, en la historia del 11-M. Esa es la única objeción que puede ponerse a una novela que contiene por lo demás suficientes dosis de encanto y sabiduría narrativa.

## Pesadilla americana

"Me llamo Álex Franco y soy director de cine. O lo era, si lo prefieren. Vine a Providence a escribir el guión de una nueva película. Vine a Providence con la excusa de escribir el guión y escribir la película. Con la intención de reescribirlo, más bien, engañado por la promesa de poder filmarlo con una buena financiación y un equipo internacional de primer nivel. Alguien de cuyo nombre no puedo acordarme ahora lo había escrito previamente. No para mí, no necesariamente para mí. Lo había escrito y basta".

De ese modo, con un nerviosismo casi eléctrico, se presenta el protagonista de *Providence*, la cuarta novela del malagueño Juan Francisco Ferré. Además de un cineasta mediocre, Álex Franco es una criatura especialmente dotada para la reflexión mordaz y la atracción de problemas descomunales. *Providence* es la crónica de su descenso a unos infiernos, concretamente de unos infiernos que adoptan la forma de la América contemporánea, con toda su carga de felicidad plastificada y paranoia.

Hay muchas novelas dentro de la novela que ha quedado finalista del premio Herralde. Hay una novela de campus desquiciada y algo pornográfica, hay una novela de terror, hay un 'thriller' que quizá interesase a Tarantino y hay una novela fáustica que se nutre al mismo tiempo de los clásicos y de Internet, del género 'pulp' y de las pesadillas de Howard Philip Lovecraft, maestro del terror cuya sombra visita con cierta frecuencia estas páginas.

Además de para dar a conocer a su sautor al gran público, *Providence* servirá quizá para situar a su autor en la primera línea de uno de los grupos más activos de la narrativa del momento en nuestro país. Me refiero a eso que a veces se llama 'Generación Nocilla' y a veces 'Afterpop'. Dueño de un mundo tenso y multirreferencial, Ferré es una de las voces más atractivas de ese grupo en el que encontramos a autores como Agustín Fernández Mallo, Vicente Luis Mora o Eloy Fernández Porta. Además de un narrador dotado de una imaginación anfetamínica, Ferré es un escritor preciso y malévolamente inteligente. Que su última novela alcance una mayor difusión respaldada por el prestigio del premio Herralde es una buena noticia para nuestras letras.

Pablo Martínez Zarracina

